

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

En un mundo en el que el cambio ocurre tan rápidamente, que a menudo nos asombra y desconcierta, es refrescante y alentador encontrar un mensaje que tiene estabilidad y certeza. Ya han pasado 11 años desde que se publicó por primera vez *Sorprendido por la Fe*. Me parece increíble que hayan sido distribuidas ya casi 300,000 copias, con una lectoría probablemente dos o tres veces mayor.

El tema que se repite más frecuentemente en los comentarios de los lectores es la sorpresa, al descubrir la abrumadora evidencia científica e histórica que apoya la veracidad de la fe cristiana. De hecho, durante los últimos 10 años, el flujo de evidencia arqueológica que corrobora la precisión del texto del Nuevo Testamento se ha acelerado. La confianza en el texto del Nuevo Testamento y la historicidad de Jesús es mucho más grande hoy que cuando escribí por primera vez *Sorprendido por la Fe*. He incluido algunos de estos nuevos descubrimientos en esta segunda edición.

Otra respuesta frecuente de los lectores es la gozosa gratitud de experimentar la certeza y realidad de Dios en sus vidas. Para muchos lectores, la fe había sido un concepto escurridizo y vago. Ellos pensaban que Dios tenía que ver con la religión, pero no con una relación personal. *Sorprendido por la Fe* hizo que el mensaje (ya familiar, pero tantas veces dejado enteramente de lado) del amor de Dios, el perdón de pecado y la salvación por gracia —manifestado mediante la vida, muerte y resurrección de Jesucristo— llegara a ser real. La fe, entonces, se convirtió para ellos en el camino a una relación con Dios que les cambió la vida.

La necesidad de un libro como *Sorprendido por la Fe* también ha aumentado dramáticamente en la década pasada. La fuga de confianza en los absolutos y el creciente analfabetismo bíblico dejó a muchos dando manotazos de ahogado, desprovistos de propósito y sentido en sus vidas. La angustia ha llenado los corazones de otros, mientras contemplan el futuro. Yo he escuchado a cientos de personas relatarme sus historias de incertidumbre y, a veces, de desesperación. En *Sorprendido por la Fe* ellos encontraron las respuestas que los llevaron a una transformación espiritual, causada por Dios, y una nueva vida de paz y esperanza.

La nueva sorpresa para mí, durante la última década, ha sido que la aceptación de *Sorprendido por la Fe* ha trascendido barreras de geografía, idioma y cultura. El libro fue recibido con gran entusiasmo en la India, entre pastores y gente común. Lectores de naciones alrededor del mundo ya expresaron su interés como resultado de mi seminario sobre el libro en *Ámsterdam 2000*. La gente de habla hispana ha respondido positivamente. *Sorprendido por la Fe* ya ha sido traducido al ruso, hindi y tamil. Estamos a

la espera de otras muchas traducciones. Mi sentir es que Dios apenas ha empezado Su labor de utilizar *Sorprendido por la Fe* para Su gloria!

Mi oración es que esta segunda edición sea igualmente usada por Dios en los años venideros, para que sea un oasis en una sociedad a menudo desilusionada y sedienta espiritualmente, esta vez a escala mundial. Pero para que esto ocurra me doy cuenta, hoy más que nunca, de lo importante de abrazar la convicción del apóstol Pablo: “No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes sino con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana sino del poder de Dios” (1 Corintios 2:4-5).

PRÓLOGO

Me parece haber estado siempre en la escuela. Veintitrés años de mi vida se fueron recibiendo educación formal, desde la escuela primaria hasta el doctorado, pasando por dos maestrías. Ahora, por más de 30 años –y aún sigo contando– me las he pasado al otro lado del salón de clases como profesor y decano académico. La estimulación intelectual del ambiente académico ha moldeado, sin duda, el desarrollo de mi pensamiento. Siempre he visto los libros como algo maravillosamente positivo, como tesoros a explorar. Aún en la escuelita rural de un solo salón –a la que asistí desde el primer al octavo grado– yo devoraba todo libro que mi maestra sacaba de la biblioteca local. Aún ahora poca es la resistencia que me queda ante la deliciosa invitación que me hacen los volantes y catálogos de las editoriales que cruzan mi escritorio.

Me parece también que siempre he pensado en Dios. Habiendo crecido en una familia que tomaba en serio su herencia cristiana, yo había tenido considerable exposición a la instrucción religiosa. Pero más allá de eso, en mis pensamientos privados, me recuerdo a mí mismo paseando por el arroyo que pasaba por nuestra granja y preguntándome del “por qué” de todas las cosas, desde las sequías hasta la muerte de mi perro. Mi hambre por respuestas esenciales se remonta tan lejos como puedo recordar. Mi búsqueda de sentido le era evidente al viejo ministro alemán de nuestra iglesia. Esto lo llevó a hacernos una visita especial, cuando yo tenía 14 años, para motivar a mis padres a que me prepararan para el ministerio cristiano. En aquel tiempo, y en los años que seguirían, yo no veía “la iglesia” como fuente de respuestas. El campo de la ciencia había capturado mi fascinación. Satisfacía, por un tiempo y hasta cierto punto, mi tendencia inquisitiva hacia el mundo y la vida.

Cuando le añades el ser competitivo a una dosis de educación y a tener hambre por respuestas finales, te encuentras con la fórmula para la

búsqueda intensa de propósito. Éste es el trasfondo de mucho del material autobiográfico incluido en este libro. Muchas de mis batallas las libré en la universidad, cuando comenzaba mi educación de posgrado. Por ese tiempo me había alejado de lo que percibía como un clima intelectual restrictivo de la religión tradicional, tal como yo la entendía. En lugar de ella había encontrado las actitudes liberadoras de la ciencia, que pensé ofrecían las promesas para la autorrealización que yo estaba buscando. Durante ese tiempo yo rechazaba mentalmente o contendía contra muchas de las enseñanzas tradicionales acerca de la Biblia, la creación, Jesucristo y la salvación. Me estaba preguntando “por qué”, y no podía hallar soluciones. A veces sentía que debía haber algo malo conmigo, ya que mucha gente decía que “creía” sin necesitar respuestas.

Ahora me doy cuenta de que no había nada de malo con mi necesidad de respuestas, y, de que no estaba solo. También fui afortunado. En lo más intenso de mi búsqueda conocí a gente que se había formulado preguntas y había encontrado respuestas. Para ellos, el intelecto no era el enemigo de la fe. Mi encuentro con ellos estableció un fundamento razonable para la fe, que ha dado nuevo curso a mi vida. Por fin había hallado lo que en verdad me satisfacía.

Muchos han sido los años que han pasado desde entonces. Mi entendimiento de la evidencia y las razones a favor de la fe cristiana ha crecido enormemente. Empezando desde mediados de la década de los años setenta, empecé a presentar lo que había aprendido a grupos de personas interesadas que se reunían en hogares. Desde entonces, cientos de miles han participado en las sesiones de *FaithSearch (Encuentros de Fe)*, muchos de los cuales han sido escépticos, incluyendo a agnósticos y ateos. Mi objetivo ha sido crear un ambiente intelectual de respeto y que no sea amenazante, a fin de investigar la fe, en el que se incluya el uso de la lógica y la evidencia científica. El comentario más frecuente que continúo escuchando de creyentes y escépticos a la vez es: “¡Nunca había escuchado de esto antes! Ni siquiera sabía que había razones”.

Estoy escribiendo este libro para aquellos que, hasta ahora, no han sido tan afortunados como yo para encontrar respuestas. Mi corazón se extiende hacia todo aquel a quien le preocupa la verdad y el propósito en la vida, pero piensa que la fe cristiana es intelectualmente inaceptable. También me interesan aquellos que se han sentido frustrados por la falta de habilidad para poder comunicar las razones de su fe, en términos que tengan sentido para los de afuera. Sea uno u otro el caso, espero que aquí encuentren mucha ayuda.

Al escribir el libro, he tratado de integrar dos elementos diferentes: (1) el recuento de mis luchas intelectuales y experiencias; y, (2) el

subsiguiente desarrollo de mi entendimiento a través de la investigación y reflexión madura.

He tratado de mantener clara esta distinción a lo largo del libro. Por ejemplo, la mayoría de los diagramas en el texto fueron añadidos para clarificar algún aspecto de mi lucha anterior. De la misma manera, el entendimiento que obtuve de algunos de los relatos e ilustraciones de la Biblia vino solo, luego de estudio y reflexión posterior. He añadido ambos elementos a fin de dar al lector una perspectiva más completa de la fe.

El apóstol Pedro instó a los creyentes a que “estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto” (1 de Pedro 3:15). Eso es lo que he tratado de hacer. Espero que ayude a muchos a encontrar el camino a la fe.

“Yo usé mi sabiduría para examinar todo esto. Yo estaba determinado a ser sabio, pero estaba fuera de mi alcance. ¿Cómo puede alguien descubrir lo que la vida significa? Pero volví mi atención hacia el conocimiento y estudio. Yo estaba determinado a encontrar la sabiduría y las repuestas a mis preguntas...”

Eclesiastés 7:23-25 (paráfrasis)

RECONOCIMIENTOS

Este libro ha estado en preparación por muchos años. No me refiero al manuscrito precisamente, pero su contenido ha sido sometido a prueba en miles de vidas por más de tres décadas. Yo les estoy muy agradecido a mis estudiantes universitarios cuyos comentarios han sido tan útiles y penetrantes. Pero es a los cientos de miles que han participado de los eventos y clases de *FaithSearch*, en hogares, iglesias y auditorios que dedico este libro. Son ellos los que me han cuestionado, animado, invitado al diálogo, estimulado, regocijado, rechazado, llorado conmigo, debatido, inspirado y de alguna u otra manera me han hecho mantener los pies en la tierra. Ellos son, pues, la “carne y sangre” de este libro, y, mi gozo.

Quiero expresar especial aprecio a John Eagen, por su papel clave en los primeros años del desarrollo de *FaithSearch*. Si no hubiera sido por su iniciativa en aquel tiempo, *Faith Studies International* (*Estudios Internacionales de la Fe*) probablemente no se hubiera fundado.

Gracias especiales van a Joel Allen, David Lundstrom y Jake Barnett por leer el manuscrito y dar tantas sugerencias útiles. Agradezco especialmente a Jake, por ser tan demandante y por mantenerme

honesto y coherente. Agradezco también a mi amigo Nathan Unseth, por la pericia empleada desde el manuscrito hasta la publicación.

Aprecio en forma particular el tiempo y el ánimo para escribir que me dio la junta directiva de *Faith Studies International*. Siempre estuvieron allí, mis amigos fieles.

Finalmente, estoy en gran deuda con Dios por su regalo tan especial para mí, mi esposa Verneé. Ella fue desde temprano el catalizador en mi jornada de fe; y, continúa dándose sin egoísmo mientras compartimos la vida y el ministerio. De una manera muy real, ella es la coautora escondida de este libro.

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

El autor extiende su sincero agradecimiento a los generosos fotógrafos o proveedores de las fotografías utilizadas, con permiso, en este libro.

- Página 39: *Manuscrito Magdalen*: Utilizado con permiso del presidente y los directores del Magdalen College, Oxford
- Página 46: *Osario de Jacobo*: Cortesía de la Sociedad de Arqueología Bíblica, Washington D.C.
- Página 47: *Piedra de Poncio Pilato en Cesarea*: Cortesía del doctor Boyd Seevers
- Página 49: *Sinagoga de Capernaúm*: Cortesía de Jerry Hawkes, de www.HolyLandPhotos.org
Inserto: Cortesía del doctor Carl Rasmussen, de www.HolyLandPhotos.org
- Página 49: *Estanque de Siloé*: Cortesía del doctor Carl Rasmussen, de www.HolyLandPhotos.org
- Página 66: *Casa de Pedro*: Cortesía del doctor Boyd Seevers
- Página 70: *Barca de Jesús*: Cortesía de Jerry Hawkes, de www.HolyLandPhotos.org
Inserto: Cortesía del doctor Carl Rasmussen de www.HolyLandPhotos.org
- Página 92: *Monte del Templo en Jerusalén*: Cortesía del doctor Carl Rasmussen, de www.HolyLandPhotos.org

NOTA DEL TRADUCTOR

El traducir un libro, especialmente un libro que valga la tinta de ser traducido, es atreverse a ser cirujano plástico del idioma. Es tratar con afán que cada músculo quede en su sitio y no se note cicatriz; que cada idea logre saltar triunfalmente el abismo entre culturas diferentes. Es buscar que el texto no pierda ni función ni fuerza después de los cortes y los parches. Si tanto la cirugía como la traducción son exitosas, habrá belleza y vigor en el resultado.

He tenido que tomar algunas ‘decisiones de quirófano’ y deseo compartirlas contigo. Ya que *Sorprendido por la Fe* busca llegar al corazón a través de la mente, me he permitido invitarte a que nos tratemos de “tú”. Tratarnos de “usted” hubiera sido lo convencional, pero magro servicio le haría esto a la razón de esta obra. La licencia no es inmerecida pues el “you” inglés no distingue entre lo formal del “usted” y lo cálido y cercano de nuestro “tú”. Como tampoco hace diferencia entre el singular y el plural, ni entre el habla de España y América Latina, he preferido el “ustedes” del nuevo continente, pues queremos llevar el mensaje de renovación y esperanza de *Sorprendido por la Fe* a las principales ciudades de nuestras repúblicas hermanas. En las citas bíblicas he buscado tanto fidelidad como frescura de expresión. Cuando alguna versión de la Biblia en español ha logrado ambas, la he seguido, aunque teniendo en mente los textos en hebreo y griego.

Aunque parezca extraño, lo más difícil de traducir ha sido cómo nos hemos de llamar. Luego de años de crecimiento, los humildes *Estudios Inspiracionales en Hogares* llegaron a ser *Estudios Internacionales de la Fe* y luego *FaithSearch*, que literalmente quiere decir *Búsqueda de Fe*, con *Búsqueda* en el sentido de *Investigación* o *Examen Crítico*. Como nuestras búsquedas suelen ser más elásticas, he preferido resaltar el resultado de la búsqueda que ha llegado a buen puerto y, por lo tanto, llamar *Encuentros de Fe* las presentaciones del material desarrollado por el doctor Donald Bierle.

A diferencia de la Fe que animó a los personajes centrales de la Biblia —aquella sólida “certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1)—, la Fe de nuestra tierra es una creencia devaluada y tambaleante, inmersa en una cultura que si bien aún no se atreve a negar la existencia de Dios, hace rato que niega a gritos Su relevancia. No es que Dios no exista, sino que está echándose una siesta. No está aquí; se fue de viaje. O, si existe, lo hace solamente en el reino de los duendes y las hadas. Siendo esto así, no ha de extrañarnos que el diccionario nos escupa que la fe es “un conjunto de creencias sin necesidad de estar confirmadas por la experiencia o la razón, que constituyen el fondo de una religión”. Esto

hace que el hombre y la mujer de hoy se sientan horriblemente huérfanos, como yo me sentía antes de saber que Dios sí quiere amarme y se goza en que yo lo conozca y le siga.

Este vacío, que sólo Dios puede llenar, y la falta de propósito y sentido que lo acompañan no nos son ajenos. En los años en que el tango –esa pena que se baila– hacía furor, *Cambalache* se hizo especialmente popular. Sería, tal vez, porque nuestros abuelos saboreaban lo tragicómico de una vida sin sentido en cada compás.

Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé...
(¡En el quinientos seis y en el dos mil también!).
Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos,
contentos y amargaos, valores y dublé...
Pero que el siglo veinte es un despliegue
de maldad insolente, ya no hay quien lo niegue.
Vivimos revolcaos en un merengue
y en un mismo lodo todos manoseaos...

Por cierto, la modernidad no ha hecho que el sinsabor se evapore. Joaquín Sabina lamenta la debacle de su otrora princesa-de-boca-de-fresa (“entre la cirrosis y la sobredosis andas siempre, muñeca”) y Calamaro nos recuerda que “no se puede, no se puede vivir del amor... las deudas no se pueden pagar con amor... una casa no se puede comprar con amor... le dijo un soldado romano a Dios, no se puede vivir del amor”.

Como salmón que remonta río arriba la corriente, *Sorprendido por la Fe* del doctor Donald Bierle se atreve a desafiar lo que todos dan por sentado, que la fe además de ser ciega tiene que ser tonta y que no es más que un sentimiento calientito. Si bien los hechos fundamentales de la fe cristiana rebasan toda lógica humana (que por amor a mí Dios se hizo pequeñito y se alojó en un vientre virgen, y, sin dejar de ser perfectamente Dios se hizo hombre, y, luego de una vida superlativamente recta y buena, pagó voluntariamente la multa de todas mis trasgresiones y pecados con Su sangre, para luego levantarse victoriosamente de la muerte y que ahora desea obsequiarme vida y amistad eterna si acepto a Jesús como mi Señor y Salvador, y como prueba de ello me da de Su Espíritu cuando me arrepiento y creo), no podemos negar que la intrusión de Dios en la historia en el tiempo señalado (Gálatas 4:4) es el hecho mejor documentado de toda la historia humana. El Nuevo Testamento no sólo cuenta con más manuscritos que toda la literatura antigua, sino que las copias más tempranas que tenemos se remontan en forma fidedigna hasta la generación de los discípulos de los testigos oculares y aún antes. Además, aunque nadie cambia cuando sabe de Aristóteles, cada día son miles en el

mundo las vidas que florecen cuando entran en contacto con Jesús. Es que, a diferencia de las sórdidas ideas de Marx o de las postulaciones imposibles de Darwin (¡en verdad que aún no he conocido a taxista que se trague que su automóvil es producto de generación espontánea!), los cristianos no siguen ideas, porque lo nuestro no es filosofía. Seguimos a una persona, a Jesucristo el Mesías, un Ser perfectamente histórico (Lucas 2:1-6; 3:1-38) y a la vez divino (Juan 1:1-3, 14) que está vivo y sigue cambiando vidas y, entre ellas, la mía.

Hay libros que se leen en pocas horas, pero que toman toda la vida para escribirse. Creo que estaremos de acuerdo con que *Sorprendido por la Fe* es uno de ellos. Pensé que podía traducirlo en unas cuantas semanas, pero pronto me di cuenta de que, además, de cirujano también la tenía que hacer de obstetra. Para que no sea una traducción acartonada como muchas, tuve que hacer que este libro vuelva a nacer en castellano, llano y sencillo, a través de sucesivas revisiones, dando preferencia al habla de hoy que a la gramática de ayer. Esto me llevó lo mejor de un verano, mi último antes de terminar la maestría en Idiomas Bíblicos en el Seminario Teológico de Dallas. Durante los meses que siguieron, un calificado panel de lectores revisó la traducción para garantizar que ésta sea fiel al original y fácil de entender en nuestras repúblicas hermanas. Agradezco en especial a Tomás Pace, y Pablo y Elizabeth Ferradas en el Perú; a Jerry Glass en el Uruguay; y a Ronald Blue, Daniel Thornberg, Joyce Houck y Lenín Huamán en los Estados Unidos. Mis agradecimientos también van a Susana Jód de Field, quien con solícita minuciosidad revisó el texto y la diagramación que con tanto esmero hicieron Rick Wattman y Sandi Torrini.

Ya que la historia del doctor Bierle y la mía son historias paralelas, me pareció que mucho de lo escrito no lo estaba traduciendo sino contándolo yo mismo. Si bien había logrado éxitos académicos y profesionales, a los 32 años, mi vida estaba en ruinas. Fue en ese entonces que supe del Evangelio (es decir, “el buen anuncio”) a través del incesante testimonio de mi secretaria, Rossana Pinedo, cuya coherencia entre lo que decía y vivía nunca dejó de impresionarme. Los pasajes bíblicos que me empujaba a leer y *Evidencia que Exige un Verdicto* de Josh McDowell hicieron que abandonara mi agnosticismo y me pusiera a buscar.

Luego de la presentación de la vida de Jesús en una obra de Semana Santa en la iglesia evangélica de mi barrio, por fin se me amaneció que yo era un pecador sin esperanza que no podía –mediante ningún ritual, truco místico o rosario de obras buenas– ganarme el favor salvador de Dios. A diferencia del relojero eternamente dormido de los filósofos y del tipo dulzón con barba blanca de las estampitas de mi niñez, el Dios de la Biblia y la historia era real. A pesar de ser profundamente personal y de amarme

intensamente, Él también era infinitamente justo y no haría caso omiso de sus decretos imparciales. Como mis múltiples ofensas le eran grave agravio, yo estaba bajo doble sentencia de muerte. Experimentando ya que no tenía compañerismo con Él, me di cuenta también de que era justo que permaneciera separado de Él para siempre.

El pecado ya no era una cosa trivial que me sacudo en tres minutos conversando con un cura, sino una cosa tan grave que ningún hombre podía pagar. Yo debía aceptar mi único puente a Dios: la cruz de Jesús, quien con los brazos abiertos quería perdonarme y darme vida eterna. Por cierto, mi entendimiento de todas estas cosas no era tan claro como lo es ahora, pero después de leer la Biblia con detenimiento ya no consideraba estas realidades como cosas remotas, como lo son los axiomas de la geometría o la lista de los ríos del África, sino como verdades vivas por las cuales ansiaba vivir. Desde ese entonces, el Espíritu de Dios empezó a cultivar el jardín de mi ser interior. Y así pude comprobar que el “fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza...” (Gálatas 5:22, 23a). Te invito a que tú también lo compruebes ¡y quedes *sorprendido por la fe!*

Si en algo puedo ser útil, no dudes en escribirme a mi casilla electrónica: cfernandez@faithsearch.org.

Carlos E. Fernández-Silva
Conferencista para América Latina, España
y Poblaciones Hispánicas de Estados Unidos